

LA NOVIA DEL INCENDIARIO

Sebastián Pedrozo

loqueleg

Primera parte

Las cenizas

El invierno
Pinares
Escribir esta historia

1 Llegó el invierno.

2 No soy tan bueno como la gente cree.

13

De estas dos cosas me gustaría escribir.

Hoy vi a una chica llegar al club. Se podría decir que primero entró su sonrisa. El sonido agudo que la delataba como alguien que siempre estaba muy alegre. Llegó sola y fue directamente a la mesa de *pool*. Miró varios partidos, sin apartarse de una columna. A veces desviaba la mirada hacia las fotos en las paredes. Allí estaba la historia del club y una gran parte de la de Pinares.

Yo estaba ayudando a Fernández —el encargado del club— a colocar unas bombitas en la sala de reuniones del Consejo Administrativo. El viejo siempre hablaba como un loro. Y nunca preguntaba nada, por eso me fue fácil prestarle atención a la nueva.

Ella no podía verme. Nosotros estábamos en la sala que se había quedado a oscuras. Estábamos además rodeados de herramientas y tarros de pintura,

separados por tabiques de yeso y ventanas internas con vidrios sucios.

Aquella tarde fría de invierno el club lucía extrañamente repleto. Algunos jugaban al pimpón, otros a las cartas. Por otra parte estaban los que conversaban y le pedían al cantinero que subiera el volumen de la radio.

En Pinares, como en la mayoría de los balnearios de la zona, no hay mucho para hacer cuando el tiempo se vuelve inclemente.

14 —Se llama Inés —dijo Fernández, sosteniendo el cigarrillo entre los labios.

Unas motas de ceniza cayeron en mi pelo.

—¿Eh? —balbuceé.

—Se mudó ayer. Su padre es doctor. Viene a la policlínica que inauguran la semana que viene.

—Ah, la que está cerca del autódromo...

—Esa. Hacen fiesta mañana. Parece que hay que recaudar plata.

—¿Y eso qué...?

—Que ahí la vas a poder ver de nuevo, Dante —aclaró Fernández.

El viejo giró la bombita y todo se iluminó.

Hoy, camino al liceo, vi dos perros muertos en medio de la calle. Tenían la lengua afuera y los ojos abiertos y secos. Esta semana van seis. Y van decenas de desapariciones. Los gatos tampoco se han salvado.

Pero lo que más me llamó la atención fue que algunas personas se lo tomaban con naturalidad. Vi a un señor

salir de su casa con una bolsa, meter al perro adentro, ayudado con un palo, darse media vuelta y echar al animal en el medio tanque que utilizaba para dejar su basura. ¿Sería suyo el perro? Era un ovejero de hermoso pelaje y hocico negro y delgado.

Atravesé uno de los tres montes de pinos del balneario con la sensación de que me iba a encontrar con algo desagradable en el camino. No es que sea miedoso. Pero estaban sucediendo cosas extrañas.

15

Mi padre asegura que es normal que uno se sienta incómodo ante los cambios del lugar donde vive. Se está mudando mucha gente a Pinares. Yo nací aquí, vi cómo mi padre y el abuelo levantaron la casa de bloques cerca de la playa.

Jugué mucho tiempo solo. Demasiado, decía mi abuela.

En fin, se ha vuelto común ver caras nuevas todo el tiempo. Se está mudando mucha gente a Pinares, ahora es habitual ver desconocidos.

La soledad hizo que experimentara. Me he aficionado a jugar con fuego. Me gusta lo que hacen las llamas, cómo transforman los objetos, las texturas. Me gusta pensar que es una especie de arte. Sí, creo que debo de estar un poco loco. A veces lo pienso y no sé. No lo he hablado con mucha gente, salvo con dos amigos muy cercanos y mi padre. Es nuestro secreto. Es mi defecto. Bueno, no puedo estar seguro. El fuego me gusta. A mi padre no. Es lógico que se enoje si me ve quemando cosas en el horno

de barro que tenemos en casa o haciendo una fogata en algún baldío. Pero él solo ve esa parte, inofensiva, casi cotidiana, normal. No sospecha lo que hay detrás.

Porque siempre hay algo detrás de una conducta así.

El fuego es mi amigo. Y eso, para alguien que vive rodeado de madera, hojas y piñas, es algo muy peligroso.

16 Salí del monte. Estaba nervioso, sentía algo en el pecho que me presionaba. Aunque no sabía el motivo con exactitud, podía adivinar qué me estaba pasando.

Llegué al liceo. Ahí estaban las bicicletas, en fila, con todos los colores y formas posibles. Esperaban a sus dueños. Las bicicletas estacionadas me dan tranquilidad.

En el pasillo que da a mi clase me crucé con Esteban, antiguo compañero de escuela, que ahora está en otra clase. Se paró frente a mí, como si se tratara de un guardia de seguridad. Me puso una mano en el pecho y me dijo:

—Capaz que mejor te quedás acá, Dante.

—¿Qué decís? Dejame entrar.

—Quedate acá, dale, no seas bobo.

Algo estaba pasando en la clase. Algo feo.

No soy un chico muy fuerte pero tampoco debilucho. Me saqué de encima al pesado de Esteban y entré al salón de clase.

Cuando miré, en un rincón estaba arrollado Mateo, mi amigo desde hace tanto tiempo. Tenía la cara colorada y se tapaba un ojo. Frente a él, un chico enorme, rubio, con un rostro de esos que tienen ángulos rectos por todas partes. No lo reconocí enseguida. Está en sexto. Es

de los más grandes del liceo. Jamás habla con nadie. Su nombre es Damián, o Demian, no lo sé bien. Que yo esté enterado, no tiene amigos.

¿Qué hacía allí, acosando a Mateo?

—Dejalo quieto —dije.

El forzado me miró y arrugó la nariz, como si oliese algo desagradable.

En eso entró la profesora de Literatura.

—¿Qué pasa acá? —preguntó con los brazos en jarra.

—Nada, nada, estábamos conversando —mintió el rubio.

Y se fue.

Luego, la profe, que nos apreciaba bastante —se podría decir—, se quedó mirándonos y quiso saber si estábamos bien. Mateo, con el ojo morado, lagrimeó y negó con la cabeza. Permaneció en silencio, con sus pulseras de colores y su pelo teñido de mechas azules.

A Mateo no le interesaba pasar desapercibido. Eso estaba claro.

La profesora prometió seguir con el tema luego de que terminara la clase.

Aquella mañana empezamos a leer una novela bastante antigua y entretenida. Se trataba de un sujeto que se va a una isla donde todos vivían en paz y armonía.

Ah, nadie conversó en clase.